



**Primo Levi**  
La llave estrella

*La llave estrella* narra las aventuras de Libertini Faussonne, un montador de grúas, estructuras metálicas, puentes colgantes y torres petroleras; un técnico de alto vuelo, un obrero superespecializado que pasa la vida entre contratos y viajes internacionales como un gran director de orquesta. Levi nos lo presenta en sus dos aspectos esenciales: el de la apasionada competencia profesional y el de la vida picaresca del vagabundo que saborea desde el principio el placer de contarla a sus paisanos al regreso de cada aventura. Pero Faussonne, charlatán e ingenioso, es también un hombre en pos de un ideal, un estilista de moral clara y metálica, un trabajador rigurosos que viaja acompañado de sus inseparable llave estrella.

*... though this knave came somewhat saucily into the world... there was good sport at his making.*

(... aunque este truhán vino al mundo de una manera un tanto impertinente..., sin embargo resultó bastante divertido hacerlo).

*El rey Lear, acto I, escena 1.<sup>a</sup>*

## «Meditado con malicia»

—Ah, no: todo no se lo puedo decir. O le digo el país, o le cuento el hecho; yo, sin embargo, si fuera usted, escogería el hecho, porque es bonito. Luego, si lo quiere contar, lo trabaja, lo rectifica, lo esmerila, le quita las rebabas, lo alabea un poco y se saca una historia; yo, historias, aunque soy más joven que usted, tengo muchas. El país probablemente lo adivine, así que no saldrá perdiendo nada; pero si el país se lo digo yo puedo meterme en líos, porque aunque son buena gente son también un poco quisquillosos.

Conocía a Faussone desde hacía solo dos o tres noches. Nos habíamos encontrado por casualidad en la cantina, una cantina para extranjeros de una fábrica muy lejana adonde me había conducido mi oficio de químico de barnices. Nosotros dos éramos los únicos italianos; él llevaba allí tres meses, aunque en aquellas tierras ya había estado en otras ocasiones, y se manejaba bastante bien con la lengua, además de las cuatro o cinco que hablaba ya, de manera incorrecta pero fluida. Tiene unos treinta y cinco años, es un tipo alto, enjuto, casi calvo, bronceado, siempre bien afeitado. Tiene cara seria, poco móvil y poco expresiva. No es un gran narrador; al contrario, es más bien monótono y tiende a la disminución y a la elipsis como si temiera parecer exagerado aunque a menudo se deja llevar y entonces exagera sin darse cuenta. Posee un vocabulario reducido y suele expresarse con lugares comunes que quizá le parezcan agudos y novedosos; si el que escucha no sonrío, él los repite como si delante tuviera a un tonto.

—... Porque, ¿sabe?, si yo practico este oficio de recorrer todos los tajos, las fábricas y los puertos del mundo, no crea que es por casualidad; es porque he querido. Todos los muchachos sueñan con ir a la jungla o a los desiertos o a Malasia, y también yo lo soñé; solo que a mí me gusta hacer realidad los sueños, si no, son como una enfermedad que uno arrastra toda la vida, o como la cicatriz que deja una operación: cada vez que hay humedad vuelve a doler. Había dos maneras: esperar a ser rico y luego hacer de turista, o ser montador. Yo decidí ser montador. Por supuesto que también hay otras maneras, como por ejemplo hacer contrabando, etcétera, pero esas no son para mí porque a mí me gusta ver los países pero soy hombre recto. Y ahora estoy ya tan acostumbrado que si me tuviera que quedar tranquilo me pondría enfermo: en mi opinión, el mundo es bonito porque es variado.

Me miró durante un momento, con ojos particularmente inexpresivos, y luego repitió con paciencia:

—Si uno se queda en casa, tranquilo sí podrá estar, pero es como chuparse el dedo. El mundo es bonito porque es variado. Como le estaba diciendo, he pasado por muchas y de todos los colores, pero la historia más extraña me sucedió este año pasado, en ese país que no le puedo mencionar, aunque sí le puedo decir que está muy lejos de aquí y también de nuestra tierra, y mientras aquí se pasa frío allá, en cambio, nueve de los doce meses del año hace un calor que se derriten los sesos, y los otros tres sopla el viento. Yo estaba allí para trabajar en el puerto; pero aquello no es como en nuestro país. El puerto no es del Estado; es de una familia, y la familia es del cabeza de familia. Yo, antes de empezar mi montaje, tuve que presentarme en su casa vestido con chaqueta y corbata, comer, charlar y fumar, sin prisas; imagínese, nosotros que tenemos siempre las horas contadas. No por nada, pero nosotros somos caros, de eso sí nos podemos vanagloriar. Este cabeza de familia era un tipo mitad y mitad: mitad moderno y mitad chapado a la

antigua; tenía una bonita camisa blanca, de esas que no se planchan; pero cuando entraba en casa se quitaba los zapatos, y a mí también me los hacía quitar. Hablaba inglés mejor que los ingleses (cosa, por lo demás, que a nosotros se nos da difícil), pero no me dejó ver a las mujeres de su casa. También como patrón debía ser mitad y mitad, una especie de tirano progresista; figúrese que había mandado colgar un cuadro con su retrato en todas las oficinas y hasta en los almacenes: ni que hubiera sido Jesucristo. Pero todo el país es un poco así. Hay burros y teleimpresoras, hay aeropuertos que dejan al de Caselle enanito, pero para ir a muchos sitios se llega antes a caballo. Hay más *cabarets* que panaderías; pero por la calle se ve gente con tracoma.

»Ha de saber que montar una grúa es un buen trabajo, y un puente grúa más aún; pero no son oficios para hacerlos uno solo: hace falta alguien que conozca los trucos y que dirija —es decir, nosotros—; los ayudantes se encuentran en el lugar. Y ahí empiezan las sorpresas. En ese puerto que le estaba diciendo, la cuestión sindical es también un follón de aquí te espero. ¿Sabe?, es un país donde si uno roba le cortan la mano en la plaza: la derecha o la izquierda, según lo que haya robado, y hasta una oreja, aunque utilizan anestesia y tienen unos cirujanos de primera que cortan la hemorragia en un momento. Sí, no son cuentos, y si te pillan por ahí calumniando a las buenas familias te cortan la lengua y adiós muy buenas.

»En fin, pese a todo tienen unas asociaciones muy decididas, y hay que contar con ellas: allí todos los obreros llevan siempre encima un transistor, como si fuera un amuleto, y si la radio dice que hay huelga se paraliza todo, no hay quien se atreva a mover un dedo. Por otra parte, si lo intentara, es fácil que le dieran una cuchillada, a lo mejor no enseguida, dos o tres días después; o que le caiga una viga en la cabeza, o que beba un café y allí se quede tieso. A mí no me gustaría vivir en ese país; pero no me arrepiento de haber estado: ciertas cosas, si uno no las ve, no las cree.

»Así que, como le decía, había ido allí para montar una grúa de puerto, uno de esos mastodontes de brazo retráctil, y un puente grúa fantástico, cuarenta metros de luz y un motor de elevación de ciento cuarenta caballos. Hostia, qué máquina; a ver si me acuerdo y mañana le enseño las fotos. Cuando acabé de colocarla e hicimos la prueba, y parecía que se moviera por el cielo, suave como el aceite, me sentí como si me hubieran hecho comendador, y pagué una ronda a todo el mundo. No, vino no: esa porquería que ellos llaman *cumfán*, sabe a moho, pero refresca y sienta bien. Pero vayamos por partes. Aquel montaje no resultó nada sencillo; no por la cuestión técnica, que funcionó bien desde el primer perno, no: era algo atmosférico lo que se sentía, como una especie de aire pesado, como cuando se acerca la tormenta. Gente que cuchicheaba en los rincones o se hacía señas y muecas que yo no comprendía; de cuando en cuando aparecía un cartel y todos se amontonaban alrededor para leerlo o hacer que se lo leyeran, y yo allí solo, encima del andamiaje, como un gazzápiro.

»Hasta que llegó la tormenta. Un día vi que se llamaban unos a otros, con gestos y silbidos: se marcharon todos, y entonces, puesto que yo solo no podía hacer nada, bajé por el esqueleto metálico y me fui a ver su asamblea. Era en un hangar en fase de construcción: al fondo habían hecho una especie de entablado, con vigas y mesas; sobre el entablado se turnaban los distintos oradores. Yo su lengua la comprendo bastante poco; pero se veía que estaban furiosos, como si les hubieran hecho una afrenta. En determinado momento subió uno más viejo, probablemente el cabecilla: parecía muy seguro de lo que decía, hablaba con calma, con autoridad, sin levantar la voz como los demás, ni tenía necesidad de levantarla, pues delante de él estaban todos en silencio. Pronunció un discurso sosegado, y la asamblea pareció estar plenamente de acuerdo; al final hizo una pregunta, y todos levantaron la mano gritando no sé qué. Al preguntar por los votos en contra no se levantó ni

una sola mano. Entonces el viejo llamó a un muchacho que estaba en primera fila y le dio una orden. El muchacho salió corriendo, fue al almacén de herramientas y volvió al poco tiempo con una foto del patrón y un libro en la mano.

»Junto a mí estaba un verificador que era del lugar pero que sabía inglés; existía una cierta confianza entre nosotros, pues con los verificadores conviene siempre llevarse bien: a cada santo su vela.

Faussone acababa de dar buena cuenta de una porción abundante de asado; pero llamó a la camarera para que le trajera otra. A mí me interesaba más su historia que sus refranes; pero él repitió con método:

—En todos los países del mundo pasa igual: a cada santo su vela. Yo le había regalado a aquel verificador una caña de pescar, porque con los verificadores conviene estar en buenos términos. Por eso él me explicó que se trataba de una cuestión estúpida: hacía rato que los obreros pedían en bloque que la cocina de la obra hiciera una comida que se ajustara a su religión; pero el patrón se las daba de moderno aunque en definitiva era fanático de otra religión. Pero aquel es un país con tantas religiones que acaba uno perdiéndose. En fin, les hizo saber por el jefe de personal que o se conformaban con la cantina tal y como era, o no habría cantina. Había habido dos o tres huelgas, y el patrón ni se había inmutado, pues de todos modos los pedidos eran escasos. Entonces surgió la propuesta de hacerle la medicina, así, a modo de represalia.

—¿Cómo, hacerle la medicina?

Faussone me explicó pacientemente que hacer la medicina equivalía a hacer un conjuro, a echar el mal de ojo a una persona, hacerle una brujería:

—... A lo mejor ni siquiera para que se muera: al contrario, aquella vez con toda seguridad no querían que muriera porque su hermano menor era peor que él. Solo querían meterle miedo; no sé, una enfermedad, un accidente, algo

que le hiciera cambiar de idea y que le hiciera ver que también ellos tenían sus modos.

»Entonces el viejo cogió un cuchillo y quitó los clavos y el marco del retrato. Parecía tener mucha práctica en aquel tipo de trabajo. Abrió el libro, puso el dedo con los ojos cerrados en una página, luego abrió de nuevo los ojos y leyó en el libro algo que no entendí ni tampoco el verificador. Cogió la foto, la enrolló y la chafó con los dedos. Mandó que le trajeran un destornillador, lo puso al rojo sobre un in-fiernillo y lo introdujo en el rollo chafado. Extendió la foto, la enseñó, y todos se pusieron a aplaudir: la foto tenía seis agujeros chamuscados, uno en la frente, otro cerca del ojo derecho y otro junto a la comisura de la boca. Los otros tres habían quedado abajo, fuera de la cara.

»Entonces el viejo volvió a colocar la foto en el marco, tal cual estaba, arrugada y agujereada, el muchacho se marchó a ponerla en su sitio, y todos volvieron al trabajo.

»Pues bien, a finales de abril el patrón cayó enfermo. No lo dijeron abiertamente; pero la voz corrió enseguida, como usted se imagina. La cosa pareció grave desde el principio. No, en la cara no tenía nada, ya sin eso la cosa es extraña. La familia quiso embarcarlo de inmediato en un avión y mandarlo a Suiza, pero no les dio tiempo: tenía no sé qué en la sangre, a los diez días murió. Y fíjese que era un tipo robusto, nunca había estado enfermo... Siempre de viaje en avión por el mundo, y entre avión y avión ligándose a alguna mujer, o pasando toda la noche jugando hasta el alba.

»La familia denunció a los obreros por homicidio; más: por "asesinato premeditado con malicia" (me dijeron que allí se decía así). Sus tribunales, como puede imaginar, es mejor verlos de lejos. No tienen un código solo: tienen tres, y escogen uno u otro según le convenga al más fuerte, o a quien paga más. La familia, como le decía, sostenía que había habido asesinato: había intención de matar, había acciones para hacer morir, y había muerte. El abogado de la de-

fensa respondió que las acciones no habían sido las adecuadas, o que en cualquier caso solo habrían servido para producir algún daño en la piel, qué sé yo, una erupción o algún forúnculo: que si aquella foto la hubieran partido por la mitad o la hubieran quemado con gasolina, entonces sí que habría sido grave. Porque parece que funciona así la historia de la brujería: de un agujero nace un agujero, de un corte un corte, y así sucesivamente. A nosotros nos hace bastante gracia; pero todos ellos lo creen a pies juntillas, inclusive los jueces, inclusive los abogados defensores.

—¿Cómo terminó el proceso?

—No me lo preguntará en serio: el proceso dura todavía, y durará sabe Dios hasta cuándo. En aquel país los procesos no terminan nunca. Pero ese verificador de que le he hablado me prometió que me mantendría informado y, si le parece, le mantendré informado a usted también, visto que le interesa la historia.

Vino la camarera a servir la portentosa ración de queso que había pedido Fausson: de unos cuarenta años, delgaducha y encorvada, el pelo liso untado quién sabe con qué, y con una triste cara de cabra asustada. Miró a Fausson con insistencia, y él le devolvió la mirada con ostentoso desapego. Cuando se hubo ido, me dijo:

—La pobre se parece un poco a la sota de bastos. Pero qué se le va a hacer: hay que conformarse con lo que ofrece el convento.

Con el mentón hizo un gesto en dirección al queso y me preguntó con escaso entusiasmo si gustaba. Lo atacó con avidez, y entre un golpe de mandíbula y otro agregó:

—Ya sabe, aquí, en cuestión chicas, las arrancan verdes. Hay que conformarse con lo que ofrece el convento. Quiero decir, la obra.

## Clausura

—... Desde luego, son cosas difíciles de creer: comprendo que le haya apetecido ponerlas por escrito. Sí, algo de eso ya lo había oído yo: se lo oí contar a mi padre, que estuvo él también en Alemania, aunque de otra manera. De todos modos, le digo una cosa: yo nunca he aceptado trabajos en Alemania; son tierras que no me han gustado nunca, y conste que me las apaño para hablar muchas lenguas, hasta un poco de árabe y de japonés, pero de alemán no sé ni siquiera una palabra. Uno de estos días pienso contarle la historia de mi padre prisionero de guerra; pero no es como la suya, es más bien de risa. Ni tampoco he estado nunca en la cárcel, pues hoy por hoy para acabar en la cárcel hay que hacerla bastante gorda. Y, sin embargo, no me creerá, pero una vez me tocó un trabajo que para mí fue peor que estar en la cárcel. Y si tuviera que ir a la cárcel de veras, creo que no aguantaría ni siquiera dos días. Me rompería la cabeza contra los muros, o me moriría de un síncope, como les ocurre a los ruiseñores y a los vencejos cuando alguien intenta tenerlos enjaulados. Y no piense que me ocurrió en sabe Dios qué país lejano: me sucedió a dos pasos de nuestra provincia, en un lugar que cuando sopla el viento y el aire está limpio se ve Superga y la Mole; claro que, para que el aire esté limpio en aquella zona, más vale esperar sentado.

»Me habían llamado, a mí y a los demás, para un trabajo que no tenía nada de especial, ni en cuanto al lugar ni en cuanto a la dificultad. El lugar ya se lo he dicho, o sea no se

lo he dicho con exactitud, pero es el caso que también nosotros tenemos un poco de secreto profesional, como los médicos y como los curas cuando confiesan. Y en cuanto a la dificultad, era solamente un armazón con forma de torre, de unos treinta metros de altura y seis por cinco de base; y no estaba yo solo. Era en otoño y no hacía ni frío ni calor; o sea, que casi ni siquiera era un trabajo: era un trabajo para descansar de los demás trabajos y para respirar de nuevo el aire del terruño, cosa que me hacía falta, pues acababa apenas de llegar de una misión muy desagradable, de montar un puente en la India, que un día de estos se lo tengo que contar también.

»Tampoco el proyecto tenía nada de particular: simple estructura de serie, perfiles en L o en T, ninguna soldadura difícil, pavimento de rejilla con formato UNI; además, estaba previsto realizar el montaje con la torre tumbada en el suelo, de manera que nunca había que subir más de seis metros ni había siquiera que atarse. Vendría al final la grúa para ponerla de pie. En un primer momento ni siquiera me pregunté para qué podría servir: había visto, por los planos, que debía servir de sostén a una instalación química bastante complicada, con columnas grandes y pequeñas, permutadores de calor y un montón de tuberías. Solo me habían dicho que era una planta de destilación, para recuperar un ácido de los desagües; de lo contrario...

Sin quererlo ni saberlo, debía haber adoptado una expresión particularmente interesada, pues Faussonne se interrumpió y, con tono entre pasmado y enojado, me dijo:

—Espero que al final me diga, si no es un secreto, a qué se dedica usted y qué ha venido a hacer por estos parajes —pero enseguida reanudó su relato.

—Aunque no era de mi competencia, igual me gustaba verla crecer, día tras día, y me parecía estar viendo crecer a un niño, quiero decir a un niño que aún no ha nacido, cuando se encuentra aún en la barriga de su madre. Lógicamente, como niño era un poco raro, pues solo la estructura pe-

saba unas sesenta toneladas; pero no crecía así como así, como crece la grama: iba subiendo de manera ordenada y precisa, igual que en los planos, de modo que cuando montamos después las escalerillas entre piso y piso, que eran bastante complicadas, se acoplaron perfectamente sin que hubiera necesidad de hacer cortes ni juntas, y esto es algo que produce mucha satisfacción, como cuando hicieron el túnel del Frejus, para el que emplearon trece años, pero luego el agujero francés y el agujero italiano se encontraron con un error que no llegaba a los veinte centímetros; tanto es así que le hicieron después ese monumento completamente negro de la plaza Statuto, con esa señora volando por encima.

»Como le decía, en aquel trabajo no estaba yo solo, aunque en un encargo semejante, si me hubieran dado tres meses y dos peones espabilados, también me las habría apañado solo. Éramos cuatro o cinco, porque el comitente tenía prisa y quería que el armazón estuviera levantado en un plazo máximo de veinte días. Nadie me había confiado el mando del equipo, pero desde el primer día pareció natural que fuera yo quien mandara allí porque era el que más oficio tenía: pues entre nosotros esto es lo único que cuenta; los galones en la manga es algo que nosotros no conocemos. Con el comitente yo no había hablado apenas, pues él siempre tenía prisa, y yo también; sin embargo, enseguida nos pusimos de acuerdo, ya que también él era una persona que no se da bombo pero que sabe perfectamente lo que se trae entre manos y es capaz de mandar sin decir una palabra más fuerte que la otra; además, no se pone a contar el dinero que te da, si metes la pata no se enfada demasiado, y si la mete él luego reflexiona y te pide disculpas. Era un hombrecillo de nuestra tierra, parecido a usted, solo que un poco más joven.

»Cuando quedó acabado el armazón, con todos sus treinta metros, llenaba prácticamente toda la explanada, y parecía torpe y un poco ridículo como todas las cosas que

se hacen para que estén en pie pero que en cambio se encuentran tumbadas. En fin, que daba tanta pena como un árbol caído, y nos apresuramos a llamar a la autogrúa para que lo levantara. Se necesitaron dos de lo largo que era, que lo engancharon por los dos cabezales y lo hicieron caminar lentamente hasta su basamento de cemento armado, que ya estaba colocado con los anclajes listos. Y una de las dos autogrúas, provista de brazo telescópico para que lo pusiese primero de pie y luego lo hiciera bajar hasta que quedase en su sitio. Ningún problema: hizo su trayecto desde la explanada hasta los almacenes, y aunque al dar la vuelta a la esquina de los almacenes tuvimos que derribar un poco de pared, una cosa sin mayor importancia, cuando el fondo quedó sobre el basamento, la grúa más pequeña se fue como había venido y la otra desenfundó todo el brazo con el armazón colgando, que poco a poco se puso de pie. También a mí, que de grúas llevo vistas un rato, me pareció que era un bonito espectáculo, también porque se oía al motor zumbiar con gran tranquilidad, como si dijera que para él aquello era pan comido. Aflojó la carga con precisión, con los orificios justo sobre los anclajes, apretamos los pernos, tomamos una copa y nos marchamos. Pero el comitente salió corriendo detrás de mí. Me dijo que me tenía aprecio y que quedaba aún por hacer el trabajo más difícil; me preguntó si tenía otros compromisos y si sabía soldar materiales inoxidables. Abreviando, como no tenía otros compromisos y él me parecía simpático, y también el trabajo, le dije que sí, y me contrató como jefe de montaje de todas las columnas de destilación y de las tuberías de servicio y de trabajo. De servicio viene a significar por donde pasa el agua de enfriamiento, el vapor, el aire comprimido y así sucesivamente; de trabajo son las tuberías por donde pasan los ácidos que hay que trabajar. Se dice así.

»Las columnas eran cuatro: tres pequeñas y una grande, y la grande era muy grande, aunque el montaje no era difícil. Era solo un tubo vertical de acero inoxidable de treinta

metros de altura, es decir, la misma altura que el almacén, que precisamente servía para mantenerla en pie, y de un metro de diámetro. Había llegado dividida en cuatro partes, de manera que había que hacer tres juntas, una atornillada y dos soldadas por la punta, una con cordón de soldadura por dentro y otra por fuera, pues la chapa era de diez milímetros. Para el cordón interno tuve que mandar que me bajaran desde lo alto del tubo, en una especie de jaula como la de los papagayos, que se cuelga de una cuerda, cosa que no me hizo mucha gracia, aunque solo tardé unos minutos. En cambio, cuando empecé con las tuberías creí que iba a perder la cabeza, pues en realidad yo soy montador de almacenes, y en mi vida había visto un trabajo tan complicado como aquel. Eran más de trescientas, de todos los calibres, desde un cuarto hasta diez pulgadas, de todas las longitudes, con tres, cuatro y cinco codos, y ni siquiera todos de ángulo recto, y de todos los materiales: había hasta titanio, que yo ni siquiera sabía que existiera y que me hizo sudar de lo lindo. Era por donde pasaba el ácido más concentrado. Todas estas tuberías unían la columna grande con las pequeñas y con los permutadores; pero el esquema era tan complicado que aunque me lo estudiaba bien por la mañana, por la tarde ya se me había olvidado. Como tampoco comprendí nunca del todo de qué manera podía funcionar la instalación entera.

»La mayoría de las tuberías eran de material inoxidable, y usted sabe que este es un hermoso material, pero que no da el brazo a torcer, quiero decir que a frío no cede... ¿No lo sabía? Perdone, pero yo creía que a los de su especialidad les enseñaban esas cosas en clase. No cede, y si se calienta, resulta que ya no es tan inoxidable. En conclusión, que aquello era un continuo montar, tirar, limar y luego volver a desmontar; y cuando nadie me veía, bajaba yo allí con el martillo, pues el martillo lo ajusta todo, hasta el punto de que en la fábrica Lancia lo llamaban "el ingeniero". Al grano: cuando acabamos con los tubos, aquello parecía la